

ÁLVARO SALVADOR /
LOS POETAS HISPANOAMERICANOS Y LA POESÍA ESPAÑOLA DE
VANGUARDIA

(Este artículo fue leído Coloquio Organizado por la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey, México, y el Proyecto Transatlántico de la Universidad de Brown, EEUU, con la colaboración de la Casa de América de Madrid, celebrado en Junio de 2008 y titulado: “REYES, BORGES, GOMEZ DE LA SERNA. La vida literaria en Madrid de los años 20”)

Desde una perspectiva tradicional, en la historia de la literatura española siempre se ha definido el periodo que se extiende desde 1914 a 1939 como una nueva Edad de Oro –o de Plata– de dicha literatura. Y en esa supuesta edad, el lugar central, el lugar de privilegio, invariablemente es ocupado por el llamado Grupo o Generación de 1927, la generación del homenaje a Góngora, la del neopopularismo y el surrealismo, la del compromiso con la segunda República. Por otra parte, desde una posición estrictamente peninsular, a veces se olvida el hecho de que esta extraordinaria promoción de poetas coincide con otra no menos extraordinaria que también escribe en castellano y que domina el ámbito hispánico de la época, la promoción que Saúl Yurkiévich definió como la de los “fundadores” de la nueva poesía latinoamericana: Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges, César Vallejo, Octavio Paz, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, etc. Sin embargo, es también un hecho conocido y citado el frecuente contacto que la mayoría de estos escritores sostuvo, desde muy temprano, desde los balbuceos vanguardistas, con sus contemporáneos españoles y con el ambiente cultural que en España fue conformándose durante la dictadura de Primo de Rivera para alcanzar su cénit con el triunfo de la segunda República.

Es indudable que el intercambio entre los unos y los otros debió ser muy productivo en ambas direcciones. La “vuelta a Góngora”, que tanta importancia –más real que simbólica, por cierto– tiene para la juventud creadora española, es una constante cultural en no pocos países hispanoamericanos, una constante relacionada estrechamente además con las señas de identidad que sus literaturas intentan conformar alrededor de unos rasgos con pertinencia histórica. De otra parte, la revolución en las formas artísticas y literarias que trae aparejada la llegada del siglo XX, se percibe muchas veces con mayor rapidez y nitidez en zonas culturales abiertas a la transformación y

a la importación de signos culturales con marchamo más de cambio que de tradición, más de esa novedad, implícita en las nuevas sociedades americanas todavía muy jóvenes, que de los modos tradicionales de una cultura antigua y consolidada. En este sentido es en el que varios de esos grandes escritores hispanoamericanos importan de alguna manera a la Península los hallazgos que, a su modo, toman de las inquietudes europeas, y ayudan a implantarlos en la atmósfera cultural del viejo país que, por otra parte, intenta su renovación y su incorporación definitiva a la modernidad. No obstante, el mayor peso cultural de los escritores españoles, hace que reciban con una distancia más experimentada y, por tanto, más mesurada todas aquellas innovaciones que, poco a poco, irán haciendo convivir en una dialéctica siempre fructífera con las enseñanzas de la tradición. Enseñanza que, andando el tiempo, será muy útil a la mayoría de los grandes escritores hispanoamericanos de la época.

La irrupción de las vanguardias: Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges

Aunque se detiene a su paso por Madrid en 1916, camino a su legación en París, e incluso asiste a la tertulia del café Pombo, no será hasta 1918 cuando el joven poeta Vicente Huidobro entre en contacto con la sociedad literaria española del momento. Huidobro se instala con su familia en un apartamento amueblado de la Plaza de Oriente, muy próximo al Teatro Real y, aunque asista de vez en cuando a las tertulias del Pombo y del Colonial en donde entrará en contacto con escritores como Ramón Gómez de la Serna, Guillermo de Torre, Isaac del Vando Villar, Mauricio Bacarisse, Gerardo Diego, etc., será en este domicilio en donde celebre la mayor parte de sus veladas literarias con la participación de los escritores españoles citados y, frecuentemente, los pintores cubistas Sonia y Robert Delaunay que por aquellos años residían en España. Rafael Cansinos-Assens nos ha dejado un testimonio muy significativo en un artículo publicado en la revista *Cosmópolis*: “...el autor de *Horizon carré* se limitó a difundir la buena nueva entre los pocos y los más jóvenes...De esos coloquios familiares, una virtud de renovación trascendió a nuestra lírica; y un día, quizá no lejano, muchos matices nuevos de libros futuros habrán de referirse a las exhortaciones apostólicas de Huidobro”.¹

¹ Cansinos-Assens, Rafael, “Un gran poeta chileno: Vicente Huidobro y el Creacionismo (1919)”, incluido en *Vicente Huidobro y el creacionismo*, edición de René de Costa, Madrid, Taurus, 1975, págs. 119-124.

Uno de esos jóvenes, que más tarde se destacaría como crítico de los nuevos movimientos artísticos, Guillermo de Torre, nos da un testimonio muy interesante de su primer encuentro con el maestro chileno: “De la boca de Huidobro oí algunos de los primeros nombres verdaderos que iban a definir la época amaneciente; en su casa vi los primeros libros y revistas de las escuelas que luego darían tan pródigas y discutidas cosechas. Allí en casa de Huidobro, o por mediación de éste, conocí a algunos artistas extranjeros, supervivientes del naufragio europeo, que había logrado hacer escala en Madrid... Allí se incubó originariamente el óvulo ultraísta, entre los contertulios españoles...”² Además de celebrar estas reuniones apostólicas con los jóvenes poetas españoles, Huidobro publica en España cinco de sus libros, *Poemas árticos*, *Ecuatorial*, *Tour Eiffel*, *Hallalli* y la segunda edición de *El espejo de agua*; mantiene correspondencia con Tristan Tzara y colabora en la revista *Dada*; planea escribir el libreto de un ballet para Diaghilev, titulado *Football*, cuya música iba a ser compuesta por Stravinski. Más tarde, con ocasión de otro de sus viajes, fundará en Madrid en 1921 la revista *Creación* que se seguiría publicando después en París. Es este el año de su conferencia en el Ateneo de Madrid, parte de cuyo texto será más tarde utilizado como prólogo del libro *Temblores de cielo*, que aparece en 1931 y en el que expone algunas de las ideas centrales de su creacionismo:

El Arte es una cosa y la Naturaleza otra. Yo amo mucho el Arte y mucho la Naturaleza. Y si aceptáis las representaciones que un hombre hace de la Naturaleza, ello prueba que no amáis la Naturaleza ni el Arte.³

También publicará en la revista *Grecia* algunos poemas traducidos del francés, como los titulados “Vates”, “Tempestad”, “Aeroplano”, “Arco voltaico”, “Cow-Boy”, “Tarde”, etc., en los que procura poner en práctica las teorías antecitadas:

No todo el ambiente literario español lo recibió de manera entusiasta. Algunas observaciones de Cansinos-Assens y la semblanza que de él hiciera César González Ruano nos hacen sospechar algún tipo de reacción desagradable en ciertos sectores, no solamente conservadores, de las letras patrias. De cualquier modo, la figura y la obra de Huidobro influyeron

² Torre, Guillermo de, *La nueva literatura (III). La evolución de la poesía (1917-1927)*, Madrid, Ed. Páez, 1927, Págs. 196 y 197.

³ Huidobro, Vicente, *Obras Completas*, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1976, pág. 716.

de manera indiscutible en alguno de los jóvenes escritores españoles que en pocos años protagonizarían la renovación de la poesía española, jóvenes como, por ejemplo, Juan Larrea y Gerardo Diego. El primero, poeta excepcional aunque quizá ensombrecido por una madurez un tanto mística, fue introducido por su amigo Diego a la poesía y la obra del chileno: “Me impresionó la novedad en tal forma que a partir de ese día empecé a sentirme otro... los poemas de Huidobro me resultaron decisivos... Su lectura me sumió en una atmósfera de ultramundo...*La luna suena como un reloj*. Produjo en mí esta sentencia algo así como un traumatismo poético...” En 1921, durante la segunda estancia de Huidobro en Madrid y con motivo de la conferencia del Ateneo, los dos amigos poetas conocen personalmente al chileno y desde entonces mantienen con él una muy estrecha relación de amistad y de colaboración poética. Tomemos de nuevo el testimonio de Larrea, muy significativo en este caso de la recepción que se le dispensó a Huidobro en aquella ocasión:

El día en que leyó su conferencia sobre la Poesía, el gran salón del Ateneo estaba atestado. Lo presentó Mauricio Bacarisse y se le escuchó con atención, pero con perceptible reticencia. Ciertamente es que en su viaje anterior, Huidobro se había indisputado y hasta ruidosamente con Gómez de la Serna, con Díez Canedo y con Juan Ramón Jiménez, según se comentaba, y con sus respectivos círculos... Mi impresión fue que los ultraístas estaban atizando por lo bajo la frialdad de la incompreensión...⁴

Gerardo Diego, por su parte, había saltado a la palestra defendiendo los principios del creacionismo como avanzada del ultraísmo en el artículo titulado “Intencionario” que la revista *Grecia* publicó en julio de 1920, aunque eso no evitaría que se produjera en la misma revista la polémica en torno a una supuesta deuda de Huidobro con Reverdy y que levantó el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo en el periódico *El Liberal*. Finalmente, otro discípulo incondicional de aquel momento, Guillermo de Torre, sería el que defendiera al maestro en esta absurda polémica, aunque más tarde, como es sabido, cambiaría radicalmente de aptitud. El testimonio agradecido de

⁴ Revista *Poesía*, número monográfico dedicado a Vicente Huidobro, Madrid, Ministerio de Cultura, nos. 30, 31 y 32, 1989, págs. 76 y 158.

Gerardo Diego respecto a la deuda de todos estos jóvenes poetas es muy significativo, doblemente significativo podríamos decir:

Resulta hoy difícil de explicar a un posible muchacho poeta que me lea, lo que la poesía de *Ecuatorial*, de *Horizon carré*, de *Poemas Árticos* o de *Autonne régulier* suponía para el aprendiz de poeta que estrenaba ilusión y ambiciones en los días de la posguerra del 14. Para ellos, habría que extenderse largamente sobre el ambiente de París, visto o reflejado en el rincón donde se habitase, y el espléndido botín de renovación incesante, de maravilla deslumbradora y técnica que ofrecían las artes humanas, la pintura, la escultura o la música, sin contar con los prodigios de la vida misma.

En enero de 1931, Vicente Huidobro vuelve a España con la intención de buscar editor para dos de sus libros, *Altazor* y *Temblor de cielo*, logrando finalmente la publicación de ambos. Su estancia se demora hasta marzo, tiempo que aprovecha para tomarle de nuevo el pulso al ambiente poético español, ambiente que había cambiado considerablemente desde su última visita. Nada más llegar a España, el 6 de enero, César González Ruano le entrevista para el *Heraldo de Madrid* y a la pregunta de qué poeta español es el que más le interesa, Huidobro responde que Juan Larrea “sin posible vacilación”, y lo califica a continuación de genio joven. La siguiente pregunta inquiriere sobre los nuevos poetas que Huidobro confiesa desconocer, hasta el punto de que Ruano tiene que desgarrarle los nombres de aquella Generación que hacía cuatro años se había puesto oficialmente en marcha: Guillén, Salinas, Lorca, Alberti. Sólo acierta a reconocer a Gerardo Diego, a quien califica como “gran poeta”.⁵ No obstante, gracias a los buenos oficios de un buen amigo de ambos, Carlos Morla Lynch, diplomático chileno, Vicente Huidobro tiene la oportunidad en estos días de conocer a Federico García Lorca, asistiendo a la lectura que éste hizo de los poemas de su libro inédito *Poeta en Nueva York*. Y unos días más tarde, el 4 de febrero, a iniciativa del matrimonio Morla, un grupo de escritores españoles entre los que se encuentran Pedro Sainz Rodríguez, Manuel Abril, Eugenio Montes Juan Chabás, José María Alfaro, Ontañón, Ledesma Ramos, Carlos

⁵ González Ruano, César, *El Herado de Madrid*, 6 de enero de 1931; incluido en *Revista Poesía*, número monográfico dedicado a Vicente Huidobro, Madrid, Ministerio de Cultura, nos. 30, 31 y 32, 1989, pág. 307.

Arniches y, por supuesto, Federico García Lorca, le organiza un banquete homenaje, a cuyos postres Federico le dedicó un gracioso poema.

La prehistoria española de Jorge Luis Borges.

En el nacimiento del segundo gran movimiento hispánico de vanguardia, el ultraísmo, tuvo un papel muy relevante otro de los grandes escritores hispanoamericanos del siglo XX, el argentino Jorge Luis Borges. Las circunstancias del viaje de la familia Borges son ya universalmente conocidas: con sus padres y su hermana Norah, llega a España a finales de 1918 y, tras una breve estancia en Madrid, se marcha a Sevilla a pasar el invierno. En Sevilla, Borges entra en contacto con el grupo de escritores que se agrupan en torno a la revista *Grecia* dirigida por Isaac del Vando Villar. Junto a él, Adriano del Valle, Pedro Garfías y otros tantos se afanaban en la prédica de la nueva estética que ellos definían como ultraísta. Borges no sólo se “acercó” a ellos, si no que se identificó muy ardorosamente con los planteamientos de la nueva estética, colaborando estrechamente en la revista y en las actividades del grupo. Como ha señalado Guillermo de Torre, “apenas se reabre algún número de las revistas propias de aquella tendencia, *Grecia*, *Ultra*, *Tableros*... donde no se encuentren escritos suyos en prosa o verso, inclusive algunos de significación programática o teórica, de carácter ultraísta”:⁶

...Yo –y nótese bien que hablo de intentos y no de realizaciones colmadas– anhele un arte que traduzca la emoción desnuda, depurada de los adicionales datos que la preceden. Un arte que rehuye lo dérmico, lo metafísico y los últimos planos egocéntricos o mordaces.

Para esto –como para toda poesía– hay dos imprescindibles medios: el ritmo y la metáfora. El elemento acústico y el elemento luminoso.

El ritmo no encarcelado en los pentagramas de la métrica, sino ondulante, suelto redimido, bruscamente truncado.

La metáfora: esa curva verbal que traza casi siempre entre dos puntos –espirituales– el camino más breve.

⁶ Torre, Guillermo de, “Para la prehistoria ultraísta de Borges”, en *Jorge Luis Borges*, ed. de Jaime Alazraki, ob. cit. págs. 81-91.

(*Ultra*, Madrid, 20 de Mayo de

1921)

A su vuelta de Sevilla a Madrid, entra en contacto también con las nuevas tendencias, asistiendo a la tertulia que en el café colonial capitaneaba Rafel Cansinos-Assens con quien establecerá una relación de admiración y discipulaje que mantendrá, sorprendentemente, durante toda su vida. Cansinos fue precisamente el primero que utilizó el término ultraísmo en la entrevista que concede a Xavier Poveda en *El Parlamentario* (1918): “Creo que el porvenir intelectual reside únicamente en la poesía *ultrarromántica...*”, y desde entonces se erige en el padre espiritual de los ultraístas. No como uno más de ellos, sino como señalaría mucho más tarde Guillermo de Torre, como “promotor teórico” o “inductor de entusiasmos”. Los jóvenes rebeldes, alternaban el café colonial y la tutela de Cansinos con el Pombo y su cripta en donde oficiaba el otro gran pope del momento, Ramón Gómez de la Serna. Borges también asistió a esas sesiones en las que se mezclaban los literatos y artistas con hampones, dipsómanos y mujeres de “mala nota”. Gómez de la Serna lo describe como “huraño, remoto, indócil”, escondido detrás de las cortinas. Borges, sin embargo, recuerda a Gómez de la Serna de un modo muy diferente.

Más tarde, como todo el mundo sabe también, Borges renunció por completo a esta primera –o prehistórica– época literaria en su trayectoria y, en su “ensayo autobiográfico”, arremetió no sólo contra las ingenuidades teóricas de dicha aventura juvenil sino también contra los protagonistas y figurantes de aquella época, quizá con excesiva crueldad. Sin embargo, Borges a pesar de Borges fue un ultraísta entusiasta en Madrid y lo siguió siendo al marchar a Mallorca en la primavera de 1920 en donde predicó la buena nueva poética de un modo parecido a cómo lo haría un año más tarde en Buenos Aires. En las cartas recién recuperadas que Borges escribe a Jacobo Sureda y en los textos también recientemente recuperados de esta época puede apreciarse sin lugar a dudas ese fervor anterior al posterior fervor de Buenos Aires.

Más allá de la propia reconstrucción que hizo Borges de su historia personal y literaria, nos inclinamos a pensar, como hace Teodosio Fernández, que “esa referencia de juventud no se pierde nunca y que a esa luz deben entenderse las variables opiniones de Borges sobre sus contemporáneos

y sobre la literatura modernista (y más tarde sobre la vanguardista) que su generación trató de abolir.”⁷

Habría que añadir aquí la indudable aportación de las aventuras verbales que César Vallejo introduce en España con su libro *Trilce* a partir de su primera visita a España en 1925, así como la extraordinaria lucidez de sus aproximaciones posteriores a la literatura de vanguardia y a la revolución literaria que preconizaba la estética marxista, así como la irrupción arrebatadora de la sintaxis emocional de Pablo Neruda y su decisiva aportación a la configuración posterior de un “surrealismo hispánico”, pero seguramente estas reflexiones quedaría más correctamente enmarcadas en un trabajo más amplio dedicado a la relación entre los grandes poetas hispanoamericanos y la Generación del 27.

Álvaro Salvador

(Universidad de Granada)

⁷ Fernández, Teodosio, “Jorge Luis Borges frente a la literatura española”, en *España en Borges*, Madrid, El Arquero, 1990, pág. 29.